

Elias en el gueto negro*

Loïc Wacquant

La teoría del “proceso civilizatorio” de Norbert Elias junto con sus comentarios sobre el proceso anverso –los arrebatos de “descivilización”– ofrecen una poderosa herramienta para construir un diagnóstico sobre la mutación en el gueto norteamericano que tiene lugar a partir de los años sesenta. Una adaptación de su marco nos puede ayudar a superar algunas de las perennes limitaciones que tienen los análisis convencionales de la intrincada cuestión de la raza y la clase en las metrópolis de los Estados Unidos¹.

El gueto a la luz de la sociología figuracional

En primer lugar, Elias nos alerta contra la *Zustandreduktion*, la “reducción del proceso al Estado”, reducción que está incorporada en el idioma de la investigación sobre la pobreza, la cual fija su atención en las propiedades descriptivas de los individuos y poblaciones desaventajadas, inducida por la filosofía de la ciencia positivista que la anima. En lugar de pensar al gueto en términos estáticos y morfológicos, él sugiere que lo concibamos como un sistema de fuerzas dinámicas que entrelazan a agentes situados en el interior y exterior del perímetro. Nuestros focos empíricos deben ser las formas, no los porcentajes (de segregación, destitución, desempleo, etc.) las conexiones, no las condiciones.

En segundo lugar, la noción de Elias de *figuración* como una trama extendida de personas interdependientes, vinculadas simultáneamente en varias dimensiones, nos invita a eludir el fraccionamiento analítico favorecido por el análisis social centrado en las variables [*variable oriented*]. “Sostener que, a los efectos de investigar procesos interdependientes, uno debe necesariamente seleccionarlos en sus componentes es una superstición científica”². Raza o espacio, clase o raza, Estado o economía: estas oposiciones artificiales que fragmentan la ciencia normal de la pobreza urbana en Estados Unidos no son aptas para capturar los ensambles causales y los procesos que están implicados en la construcción y reconstrucción del gueto como un sistema social y como una experiencia vivida.

En tercer lugar, Elias ofrece un modelo de transformación social que abarca y *une varios niveles de análisis* que van desde organizaciones de gran escala del poder político y económico, pasando por las relaciones institucionalizadas, hasta los patrones de interacción de los tipos de personalidad. Este modelo nos exhorta a mantener conceptualmente juntos lo más “macro” de las macroestructuras y la más “micro” de las microtransformaciones –llegando hasta la constitución “biopsico-social” del individuo, para hablar como Marcel Mauss³. Porque la sociogénesis y la

* Elias in the Dark Guetto”, en *Amsterdam Sociologisch Tijdschrift*, no. 24, ¾ (diciembre de 1977), pp. 340-348. Este trabajo está basado en una conferencia del mismo título realizada en la Amsterdam School for Social Science Research, el 26 de noviembre de 1996. Quiero agradecer a los participantes por su cálida recepción y por sus precisos comentarios y críticas.

Texto extraído de Wacquant, Loïc, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos de milenio*, trad. de Javier Auyero, Buenos Aires, Manantial, 2001, pp. 104-119.

¹ Sobre esto véase Loïc Wacquant, “Three Pernicious Premises in the Study of the American gueto”, en *International Journal of Urban and Regional Research*, no. 20, Julio, 1997.

² Norbert Elias, *What Is Sociology?*, Nueva York, Columbia University Press, p. 98.

³ Marcel Mauss, *Essais de sociologie*, París, Editions de Minuit/ Points, 1968.

psicogénesis son dos lados de la misma moneda de la existencia humana, y cambios en la una no pueden sino repercutir en la otra.

En cuarto lugar, siendo más importante para nuestro propósito, Elias ubica la *violencia y el miedo*, en el epicentro de la experiencia de la modernidad: juntos forman el nudo gordiano que vincula las operaciones del Estado con la más íntima conformación de la persona. La expurgación de la violencia de la vida social vía su reubicación bajo la égida del Estado abre el camino para la regularización del intercambio social, la ritualización de la vida cotidiana, y la psicologización del impulso y la emoción, conduciendo al intercambio “cortesano”, y por tanto cortés. En lo que hace al miedo, proporciona el mecanismo central para la introyección de los controles sociales y la “regulación [autoadministrada] de toda la vida instintiva y afectiva”⁴.

Ahora bien, el miedo, la violencia, y el Estado son partes integrales de la formación y transformación del gueto negro norteamericano. Miedo a la contaminación y a la degradación vía la asociación de seres inferiores –esclavos africanos– están en la raíz del generalizado y penetrante prejuicio, y de la institucionalización de la rígida división de castas, la cuál, combinada con la urbanización, dieron nacimiento al gueto a principios de siglo⁵. Violencia, tanto de abajo, en la forma de agresión interpersonal y terror, así como desde arriba, en la forma de discriminación y segregación promovidas por el Estado, que ha sido el instrumento preponderante en el trazado y la imposición de la “línea de color”. Esta violencia juega un rol crítico en el retrazado de los límites sociales y simbólicos de los cuales el gueto contemporáneo es la expresión material.

Des–pacificación, desertificación e informalización

En otro lugar he caracterizado la transformación en el South Side de Chicago, el Black Belt histórico más importantes de la ciudad, como un cambio del “gueto comunal” de mediados de siglo al *fin-de-siècle* “hipergueto”⁶, una nueva formación socioespacial que conjuga la exclusión racial y la exclusión de clase bajo la presión de la retirada del mercado y el abandono del Estado, dando lugar a l “desurbanización” de grandes porciones del espacio de la *inner-city*.

El gueto comunal de los años que siguieron inmediatamente a la posguerra era el producto de una división de casta omniabarcadora que obligaba a los negros a desarrollar su propio mundo social a la luz –o entre las grietas– de las hostiles instituciones blancas. El resultado era una formación socioespacial compacta, claramente delimitada, que comprendía un conjunto completo de clases negras ligadas entre sí por su conciencia racial unificada, una extensiva división del trabajo, y amplias y extendidas agencias comunitarias de movilización y de formulación de reclamos. Formaba una “ciudad dentro de la ciudad”, irguiéndose en una relación de oposición con la sociedad blanca más amplia, cuya infraestructura institucional básica luchaba por duplicar.

Esta “metrópolis negra”, para usar el elocuente título del clásico estudio del “Bronzeville” de Chicago realizado por St. Clair Drake y Horace Cayton⁷, ha sido remplazada por una forma urbana diferente.

⁴ Norbert, Elias, *The Civilizing Process*, Oxford, Basil, Blackwell, p. 43.

⁵ Véase Wintrop D., Jordan, *The White Man’s Burden: Historical Origins of Racism in the United States*, Oxford, Oxford university Press, 1974, y August, Meier; Elliot, Rudwick, *From Plantation to guetto*, Nueva York, Hill y Wang, 1976.

⁶ Loïc Wacquant, “The New Urban Color Line: The State and Fate of de guetto in Posfordist America”, en Craig Calhoun (com.), *Social Theory and the Politics of Identity*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 231-276.

⁷ St, Claire, Davis y Horace, Cayton, *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Nueva York, Harper and Row (University Chicago Press), 1945.

El hipergueto de los años ochenta y noventa expresa una *exacerbación de la histórica exclusión racial tamizada por un prisma de clase* y exhibe una configuración espacial y organizacional novedosa. Dado que enlaza a la segregación de color con la bifurcación de clase, ya no contiene una extensa división del trabajo ni un conjunto completo de clases sociales. Sus límites físicos son más borrosos y sus instituciones dominantes ya no son organizaciones que alcanzan a toda la comunidad (como las iglesias, los hospedajes, y la prensa negra) sino burocracias estatales (*welfare*, la educación pública y la policía) cuyo objetivo son las “poblaciones problema” marginalizadas. Porque el hipergueto ya no es un reservorio de los trabajadores industriales disponibles, sino un mero lugar de desecho para las numerosas categorías de las cuales la sociedad circundante no hace uso político ni económico de ninguna. Y está saturado de una constante inseguridad económica, social y física, debido a la erosión del mercado de trabajo asalariado y del apoyo estatal, erosión que se refuerza mutuamente. De esta manera, mientras que en su forma clásica el gueto actuaba, en parte, como un escudo protector contra la brutal exclusión racial, el hipergueto ha perdido su rol positivo como un cobijo colectivo, transformándose en una maquinaria mortífera de una relegación social descarnada.

El cambio del gueto comunal al hipergueto, puede ser gratificado de manera dinámica en términos de la interacción estructurada de tres procesos dominantes. El primero es la *desaparición de la vida cotidiana*, esto es, se filtra la violencia en el entramado del sistema social local. El creciente deterioro y peligro físico en el centro urbano racializado de Estados Unidos, discernible en el abandono de la infraestructura barrial y en las astronómicas cifras de crímenes contra las personas (homicidio, violaciones, asaltos, apaleos), han forzado una completa transformación en las rutinas diarias y han creado una atmósfera sofocante de desconfianza y temor.

Un segundo proceso implica *desdiferenciación social*, conduciendo al deterioro del entramado organizacional de los guetos. La desaparición gradual de los hogares estables de las clases trabajadoras y de las clases medias afroamericanas; el amontonamiento de las viviendas públicas en las barriadas pobres negras, y la desproletarización de los residentes que aún quedan allí, han socavado las instituciones locales, sean estas comerciales, civiles o religiosas. El persistente desempleo y la aguda privación material han puesto en marcha el encogimiento de las redes sociales, mientras que la futilidad política [*political expendability*] de los negros pobres ha permitido el drástico deterioro de las instituciones públicas. Desde las escuelas, las viviendas, y la salud, hasta la policía, las cortes, y el *Welfare*, estos últimos operan de tal manera que acentúan la estigmatización y el aislamiento de los residentes del gueto⁸

Un tercer proceso es la *informalización económica*: las insuficiencias combinadas de la demanda de trabajo, la desertificación organizacional de los barrios, y los fracasos de la ayuda del *welfare* han promovido el crecimiento de una economía no regulada, liderada por la venta masiva de drogas y de varias actividades ilegales. Hoy, la mayoría de los habitantes del South Side de Chicago encuentra su principal base de sustento en el comercio callejero y en el sector de asistencia social: el trabajo asalariado es muy escaso y muy poco confiable para ser el anclaje principal de sus estrategias de vida⁹.

⁸ Loïc, Wacquant, “Negative Social Capital: State Breakdown and Social Destitution in America’s Urban Core”, *The Netherlands Journal of the Built Environment*, número especial sobre “guetos en Europa y América”, 1997.

⁹ William Julius, Wilson, *When Work Disappears*, Nueva York, Knopf, 1996.

Retirada del Estado e *hiperguetización*

El nexa causal que propulsa la hiperguetización del centro urbano engloba una compleja y dinámica constelación de factores políticos y económicos que se desarrollan durante toda la época de la posguerra –y antes de está, dado que muchos de ellos pueden ser ubicados en la era de la consolidación inicial de gueto al comenzar la “Gran Migración” de 1916-1930–, lo cual desmiente el argumento de corto plazo de la narrativa que habla de la infraclase [*underclass*] como un producto de los años setenta. En contra de las teorías monocausales, argumento que la *hiperguetización no tiene una sino dos raíces fundamentales*, la una en los cambios de la economía urbana, y la otra en las estructuras y políticas del Estado norteamericano federal y local. Y que la rígida segregación espacial perpetuada por la inacción política y la fragmentación administrada¹⁰ suministra la pieza clave para vincular ambos conjuntos de fuerzas en una constelación que se autoperpetúa, altamente resistente a los abordajes convencionales, estén éstos centrados en al movilización social o en las políticas sociales.

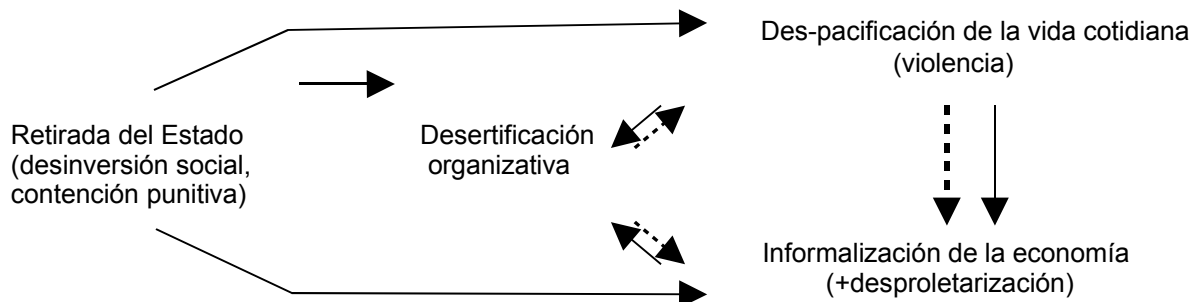
Dicho esto, el *colapso de las instituciones públicas* –resultante de la política estatal de abandono y de la contención punitiva de la minoría pobre– emerge como la raíz más potente y distintiva de la arraigada marginalidad en la metrópolis norteamericana. Despojada de sus especificidades, el modelo teórico del rol de Estado en la hiperguetización que Elias nos ayuda a precisar puede ser bosquejado de la siguiente manera. La erosión de la presencia, el alcance de la eficacia de las instituciones públicas y de los programas encargados de proveer los bienes sociales esenciales al centro urbano racializado envía una serie de ondas de shock que desestabilizan la ya debilitada matriz organizacional del gueto. Estas ondas de shock (si bien correlacionadas con amplificadas y amplificadas por) son independientes de las ondas que emanan de la reestructuración posfordista de la economía y que producen la dualización de las ciudades¹¹.

La masiva *desinversión social* que sigue de la reducción del gasto estatal: 1) acelera la descomposición de la infraestructura institucional autóctona del gueto; 2) facilita la generalización de la violencia pandémica y alimenta el envolvente clima de temor; y 3) da lugar e ímpetu al florecimiento de la economía informal dominada por el comercio de drogas. Estos tres procesos se retroalimentan y quedan encerrados en una constelación que pareciera reproducirse por sí sola. Todos los signos externos de esta constelación indicarían que ella es promovida *desde el interior* (o “específica del gueto”), cuando en realidad está (sobre)determinada y sostenida *desde afuera* por el brutal y desparejo movimiento de retirada del Estado de semibienestar.

¹⁰ Véase Douglas, Massey; Nancy Denton, *American Apartheid Segregation and the Making of the Underclass*, Cambridge, Harvard University Press, 1993, y George, Weiher, *The Fractured Metropolis: Political Fragmentation and Metropolitan Segregation*, Albany, State University of New York Press, 1991.

¹¹ Ver Sassen, Saskia, “Economic Restructuring and the Aamerican City”, en *Annual Review of Sociology*, no. 6, 1990, pp. 465-490, y John H., Mollenkopf y Manuel, Castells, (comps.), *Dual city: Reestructuring New York*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1911.

Modelo simplificado de las relaciones entre La retirada del Estado y la hiperguetización



El hecho de que la trayectoria involutiva del gueto parece ser promovida por procesos endógenos y autocontenidos es central para la redefinición política e ideológica de la cuestión de la raza y de la pobreza en la década del ochenta. Porque da vía libre para culpar a las víctimas, como en el discurso estigmatizador de la “infraclasse behaviorista” [behavioral underclass]¹², que justifica un retiro aún mayor del Estado. Luego, este último discurso “verifica” la visión de que el gueto está fuera del alcance de cualquier política de remedio, dado que las condiciones dentro de él siguen deteriorándose.

De esta manera, el deterioro de la ecología organizacional del gueto debilita su capacidad colectiva para controlar formal e informalmente la violencia interpersonal, lo cual, en el contexto de una generalizada privación material, conduce a un aumento en el crimen y en la violencia¹³. Más allá de cierto umbral, la ola de crimen violento imposibilita la operación del comercio en el gueto y, por ende, contribuye a la extenuación de la economía asalariada. A su vez, la informalización y la desproletarización disminuyen el poder de compra y la estabilidad de la vida de los residentes en el gueto, lo cual socava la viabilidad de sus instituciones –y por tanto de las posibilidades vitales de quienes depende de ellas–. También incrementa el crimen, dado que la violencia es el medio principal de regulación de las transacciones en la economía callejera, cuya violencia alimenta el debilitamiento organizativo y promueve, a su vez, la informalización económica.

De la red de protección a la red barreada*

El repliegue del Estado no significa que el Estado se retire *in toto* o que desaparece de los barrios de relegación norteamericanos. A los efectos de reprimir los “desórdenes” público asociados con la marginalidad aguda causada por la reducción –o terminación– de su políticas (federales)

¹² Herbert, Gans, *The War Against the Poor: The underclass and Anti Poverty Policy*, Nueva York, Basic Books, 1995.

¹³ R.J, Bursik y H.G., Gramsmik, “Economic Deprivation and Neighborhood Crimes Rates”, en *Law and Society Review*, 27-28, pp. 263-283.

* El término utilizado por el autor es el de “dragnet”; este hace referencia a una red utilizada para atrapar cosas. Es una imagen que designa la serie de medidas y programas que la policía y las autoridades penales utilizan para atrapar a la mayor cantidad de gente posible [n. del t.].

Económicas, de vivienda, y de bienestar social, el Estado (local) debe incrementar la vigilancia y la presencia represiva en el gueto¹⁴.

En realidad las dos últimas décadas han sido testigos de un crecimiento explosivo de las funciones penales del Estado norteamericano, las prisiones y los dispositivos carcelarios (libertad vigilada, libertad a prueba, monitoreo electrónico, etc.), fueron replegados para reprimir las consecuencias de la creciente destitución causada por la contracción del apoyo de *welfare*. Hoy, los Estados Unidos están gastando más de doscientos mil millones de dólares al año en la industria del control del crimen, y el “rostro” del Estado más familiar para los jóvenes del gueto es el del policía, el del agente judicial que vigila la libertad condicionada y el guardia de la prisión¹⁵. Porque la triplicación de la población carcelaria en los últimos quince años –de 494.000 en 1980 a más de 1.500.000 en 1994– ha golpeado con especial brutalidad a los pobres urbanos de origen afroamericano: considerando a la población entre dieciocho y treinta y cuatro años, un hombre negro de cada diez está actualmente en la prisión (comparado con un adulto de cada ciento veintiocho para el país en su conjunto), y uno de cada tres está bajo la supervisión de la justicia criminal o detenido en algún momento en el transcurso de un año.

Sin embargo, el reemplazo de las funciones de provisión social por las funciones disciplinarias, llevadas a cabo por la policía, la justicia criminal, y el sistema carcelario, ha sido parcial, de tal manera que el resultado neto de este “simultáneo refuerzo y debilitamiento del Estado”¹⁶ es una marcada disminución de la profundidad y el alcance de la regulación estatal en el centro urbano. Esto es evidente incluso en el área del orden público, a pesar de la guerra de guerrillas que la policía y las cortes libran contra los pobres urbanos bajo la cubierta de la “guerra contra las drogas”. Incluso en aquellas partes del gueto en que las fuerzas policiales son más visibles, la “red barredera” [*dragnet*] no puede compensar el desmembramiento de la “red de seguridad social”. Por ejemplo, a pesar de la presencia de una estación de policía *dentro* de los *Robert Taylor Homes*, la más infame concentración de vivienda social y de miseria social, el Departamento de Vivienda de la ciudad de Chicago (Housing Authority) consideró necesario crear su propia fuerza policial privada suplementaria, a los efectos de patrullar el territorio en donde se encuentran las viviendas. Incluso así, no pueden garantizar una mínima seguridad física a sus habitantes (a principios de los noventa, el porcentaje de homicidios en la sección del South Side excedía los 100 sobre 100.000, la más alta en la ciudad), para no hablar de un control más específico: los llamados “comportamiento de los infraclase” que tanto preocupan a las élites políticas y a los expertos del diseño de políticas.

Esto se debe a que la retirada del Estado impacta en el gueto no sólo porque reduce los flujos de inversión e ingresos, sino también, y de manera más significativa, porque desteje toda la red de “relaciones sociales indirectas”¹⁷ sostenidas por las instituciones públicas y por las organizaciones privadas que éstas apoyan. El reemplazo del Estado de semibienestar por el Estado penal no puede sino reforzar la misma inestabilidad económica y la violencia interpersonal que se supone debe apaciguar¹⁸.

¹⁴ Véase M., Davis, *City of quartz: Excavating the future in Los Angeles*, Londres, Verso, capítulo 5.

¹⁵ Jerome, G., Miller, *Seach and Destroy: African American Males in the Criminal Justice System*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

¹⁶ Nicos, Poulantzas, *L'Etat, le pouvior et le socialismo*, París, PUF, p. 226.

¹⁷ C., Colhoun, “Indirect Relationships and Imagined Communities: Large-Scale Social Integration and the Transformation of Every Day Life”, en Pierre Bourdieu, James Coleman Boulder (comps.), *Social Theory for a changing Society*, Westview Press, 1991, pp. 95-121.

¹⁸ Loïc, Wacquant, “De l'Etat charitable a l'Etat penal: notes sur le traitement politique de la misère en Amerique”, en *Regarde sociologiques*, no. 11, 1996, p. 30-38.

Entonces Elias nos ayuda a “volver a poner al Estado en el centro” [*bring the state back in*] del análisis del nexo entre casta, clase y espacio en el hipergueto norteamericano. El estudio del rol del Estado deberá incluir: 1) todos los niveles del aparato de gobierno (federal, estadual, municipal), así como las estrategias y las prácticas que hacia él llevan a cabo los residentes del gueto; 2) no sólo las políticas de bienestar (*welfare*) o las políticas “antipobreza” sino toda una gama de actividades estatales que afectan la estructuración socioespacial de la desigualdad , incluyendo las políticas criminales y penales; 3) lo que la autoridad pública hace y lo que deja de hacer, porque el Estado moldea la marginalidad urbana no sólo por comisión sino también –y de manera quizá decisiva en el caso de los Estado Unidos– por omisión (social y racialmente selectiva).

Llevar a Elias al gueto negro norteamericano sugiere que lo modelos teóricos de la transformación de este último (y de la reconfiguración del orden metropolitano) que omiten al Estado, sus capacidades organizativas, sus políticas y sus discursos, y sus modalidades reales de intervención en el terreno, no logran sacar a la luz las *raíces políticas particulares de la configuración de la exclusión racial y de clase*, de la cual la hiperguetización contemporáneo es su concreta materialización. Y corren el grave riesgo de ser invocadas para formular prescripciones que pueden hacer poco más que dar una legitimación *ex post facto* a las políticas de abandono urbano y de contención represiva del (sub)proletariado negro, acusas principales del agravamiento continuo de la difícil situación de los excluidos [*outcasts*].